

PELIGROS Y CONSECUENCIAS DE LA CIVILIZACIÓN*

UNA CIVILIZACIÓN DE RESPETO POR EL DON DE LA NATURALEZA

¡Civilización! La constatación de que hay peligros relacionados con la civilización es bastante nueva. Hasta un pasado reciente, la noción de *civilización* se asociaba a la perspectiva del progreso. Civilización equivale a una sociedad que ha evolucionado. Civilizar quiere decir hacer salir a la humanidad del estado salvaje y primitivo. Según el diccionario Larrousse, “el conjunto de los caracteres comunes a las sociedades evolucionadas se llama *beneficios* de la civilización”. Esta definición es la expresión de una visión muy optimista. Debido a sus capacidades intelectuales y prácticas, el hombre tiene la posibilidad de transformar la naturaleza y hacer el mundo más habitable y más justo. Pero hoy sabemos muy bien que por cada esfuerzo a favor de la civilización hay que pagar un precio.

El conjunto de caracteres comunes no comporta solamente beneficios, sino que conlleva también peligros. Cada esfuerzo de civilización atañe inevitablemente al entorno natural. La civilización es una conquista. Los hombres ponen su mano en los dones de la naturaleza. Los dominan y los

* Traducción del francés del Dr. Fernando R. Garrapucho.

ponen al servicio de sus intereses y proyectos. Cada construcción humana está inevitablemente acompañada de destrucción. Durante siglos la humanidad creía poder pagar este precio. Los dones de la naturaleza parecían inagotables. Parecía posible construir sin preocuparse por el límite de esta acción. Pero hoy constatamos con horror que la civilización humana ha sobrepasado con mucho los límites impuestos por el ser humano al conjunto de la creación. Los peligros son claros: por un parte se da la explotación desenfrenada de los recursos por medios tecnológicos muy sofisticados; por otra parte se da la polución del aire, del suelo y del agua, que arriesgan la habitabilidad del planeta que nos ha sido atribuido.

No se trata evidentemente de renunciar a todo tipo de intervención en la naturaleza. Construir forma parte de la condición humana y de esto trata el mandamiento de Dios a los primeros hombres en el primer capítulo del Génesis. Vosotros, hombre y mujer, habéis sido creados para vivir; y para vivir tenéis que ocupar vuestro puesto en el mundo. Pero es preciso que aprendamos a respetar el equilibrio del conjunto de la creación. Hace falta tener moderación para no sembrar la muerte; la muerte de otras criaturas; y finalmente la muerte de nosotros mismos.

Hace unos años apareció un librito titulado “La impronta ecológica”. El título es pertinente. Vivimos sobre este planeta. ¿Qué impronta qué huella dejaremos detrás de nosotros después de nuestra vida? ¿Vivimos con una marcha tan ligera que no causamos daños definitivos a la naturaleza? ¿O habremos devastado nuestro entorno caminando con pesadas botas que aplastan toda vida a derecha e izquierda? La impronta ecológica puede ser calculada. ¿Cuántos recursos consumimos a lo largo de nuestra vida? ¿Cuánta polución provocamos? Los interrogantes valen para cada persona, pero también para cada grupo social. Es evidente que los que vivimos en países industrializados dejamos tras nosotros improntas sobredimensionadas. En realidad, aplastamos con nuestros pies el planeta.

HACIA UNA IMPRONTA ECOLÓGICA RESPONSABLE

¿Cómo llegar a una impronta responsable? Para responder a esta pregunta me permito recordar primeramente cuatro consideraciones de orden general.

a) Desde hace algunos decenios hablamos de *sostenibilidad (durabilidad)*. Nuestro comportamiento ante la creación debe de ser sostenible, es decir: la explotación del planeta no debe comportar perjuicios a la posibilidad de vida de generaciones futuras. La actividad humana debe de tener en cuenta la capacidad de regeneración del planeta. Por una parte hay que utilizar con moderación los recursos no-renovables; por otra parte hay que evitar que el planeta sufra una polución total, causada por deshechos irre recuperables.

El término durabilidad ha sido introducido en el diálogo público al comienzo de los años 70. Fue adoptado por el Consejo ecuménico en 1974. Con ocasión de su Asamblea general en Nairobi (1975), el Consejo desarrolló la idea de una sociedad justa, participativa y durable. Esta fue una llamada que produjo como un nuevo comienzo. El Consejo ecuménico reconoció por primera vez que el desarrollo económico no podía continuar sin ninguna restricción. Había que encontrar medios para reducir el impacto humano sobre la naturaleza. André Biéler, pastor protestante suizo, hablaba en un estudio del “desarrollo loco” que debía ser frenado y que había marcado los años siguientes al final de la segunda guerra mundial. Si esto no se conseguía, la humanidad arriesgaba su propia supervivencia. Las alertas se multiplicaban. Pienso especialmente en el aviso imperativo de Denis Rougemont: “Nuestra preocupación es el porvenir”. Algunos años más tarde la noción de sostenibilidad fue retomada en un estudio lanzado por la ONU.

La Comisión especial sobre “Nuestro porvenir común” llamada en general la comisión Brundtland, pedía a la comunidad internacional comprometerse a favor de un desarrollo durable, teniendo en cuenta las exigencias de las futuras generaciones. La expresión utilizada por la ONU no es la misma que la utilizada por el CEI. Mientras que el CEI hablaba de sociedad *durable*, la ONU hablaba de *desarrollo durable*. Mientras que el CEI insistía en la necesidad de encontrar los parámetros que permitan a una *sociedad* humana ser duradera, la *Comisión Brundtland* reemplazaba el término *sociedad* por el término *desarrollo*, poniendo así el acento en la necesidad de un desarrollo económico continuo. Así el término sostenible no es más que un adjetivo que corrige la perspectiva de un desarrollo económico. La dife-

rencia es importante. Por una parte la pregunta: ¿Qué grado de cambio es necesario si queremos construir una sociedad durable? Por otra parte: ¿Cómo corregir el desarrollo económico actual para evitar un callejón sin salida? Es evidente el conflicto entre estas dos preguntas.

b) Esta primera consideración nos conduce a la segunda. La diferencia en el cuestionamiento revela una diferencia de análisis. ¿Cuáles son las *verdaderas dimensiones de la crisis ecológica*? ¿Se trata de una verdadera amenaza que pesa sobre el porvenir de la humanidad? ¿O estamos sencillamente confrontados con un resbalón pasajero que podemos gestionar con una adaptación de la orientación actual de la sociedad? Personalmente pienso que la crisis es muchísimo más seria que lo que la mayoría de nuestros contemporáneos piensa. El impacto de la actividad humana, acelerado a lo largo de los últimos cincuenta años, no debe subestimarse. Encontramos atolladeros en varios frentes al mismo tiempo. Se da la sobre-explotación de recursos; hay escasez de agua; existe el cambio climático, la desertización, la desaparición de muchas especies animales y vegetales, etcétera, etc... La lista de amenazas es conocida. Cada una es objeto de estudios y búsquedas importantes. Los científicos proponen remedios para cada una. Si se les escucha, se podría encontrar remedios para cada uno de ellos.

Lo que hace que la crisis sea más aguda es el hecho de que las consecuencias de nuestra actividad humana se presentan de forma simultánea y las amenazas forman un conjunto que sobrepasa nuestra capacidad de análisis y de acción. Además, los escenarios en los que nos desenvolvemos son constantemente arrollados por acontecimientos inesperados. Tomemos como ejemplo la guerra contra el terrorismo por los Estados Unidos y Gran Bretaña. Nuestra atención está hoy absorbida por los horrores de la violencia. Por ello, la preocupación del entorno pasa a segundo plano. Pero en realidad la destrucción continúa sin descanso y está amplificada por los estragos que realizan los conflictos armados. Por eso hay que resistir a la tentación de minimizar las dimensiones de la crisis. Pequeños pasos ecológicos son importantes, pero no serán suficientes para hacer frente a las verdaderas dimensiones de la crisis.

c) La crisis ecológica pesa sobre *el futuro del hombre*, pero es importante reconocer que implica al *conjunto de la creación*. El horizonte de nuestra preocupación ecológica no se limita al porvenir del hombre, sino que se extiende a todo lo creado. Si Dios declara que su obra es buena, abarca toda la creación. Nos hemos acostumbrado a una visión antropocéntrica de la creación. Para poder responder verdaderamente a la crisis ecológica de hoy día, es necesario reconsiderar que el hombre forma parte del conjunto de la creación.

Somos criaturas entre otras criaturas, cierto que con una vocación particular. Pero Dios nos ha colocado en una comunidad con todos los seres creados. Nuestro comportamiento debe de reflejar esta perspectiva. Hace falta que el conjunto de la creación pueda vivir. Hay que proteger la diversidad de las especies porque representa la obra de Dios. La pérdida de la diversidad atañe también al hombre. El empobrecimiento de la naturaleza mina, a la larga, la calidad de su propia existencia. Si queremos que la sociedad humana sea durable, hace falta que el conjunto de la creación sea duradero. Pero la supervivencia humana no constituye la motivación primordial de nuestro compromiso con el entorno.

Su verdadera fuente es el amor de Dios hacia su creación. Esta reflexión tiene consecuencias prácticas. Pongamos un ejemplo. Hay actualmente varias iniciativas que proponen una convención internacional sobre la protección y conservación de reservas de agua en el planeta. Es interesante constatar que casi todas estas tentativas recuerdan el discurso sobre los derechos humanos. Hay que asegurar a cada persona su derecho al acceso del agua. Esto es una reivindicación fundamental. Si se tiene derecho a la vida se tiene derecho igualmente al agua. ¿Pero no tenemos que profundizar más el tema e ir más lejos? El agua es el presupuesto de toda vida sobre la tierra. Una convención sobre el agua no puede contentarse con proteger solamente los intereses de la humanidad. Debe de llegar a definir el reparto óptimo entre las necesidades del hombre y las del conjunto de la naturaleza.

d) La noción de durabilidad encontró resistencia en el mismo Consejo Ecuménico de las Iglesias. La resistencia emanaba en primer lugar de las naciones pobres del Sur. ¿Por qué los países industrializados han descubierto la crisis ecológica?

¿Querían sencillamente desviar la atención de *la desigualdad social entre países desarrollados y países en vía de desarrollo*? Al evocar imperativos ecológicos ¿querían en realidad quitar a los países pobres “el derecho al desarrollo”? Se necesitaron varios años para llegar a una visión común. Pero poco a poco quedó claro que hay que enfrentar juntos la crisis ecológica. Es cierto que la crisis aumenta la fragilidad de los países pobres. A la pobreza se añade el deterioro del entorno. Es igualmente verdad que la crisis agrava la injusticia entre países pobres y países ricos. En muchos aspectos, por ejemplo el del cambio climático, se constata que el estilo de vida derrochador de recursos en los países del Norte contribuye a la destrucción medioambiental en los países del Sur y, mientras que los países ricos tienen medios para protegerse contra los peligros, los países pobres están expuestos sin posibilidad de amparo alguno. Es absolutamente inútil negar la crisis.

El verdadero desafío consiste en hacer frente a *esta nueva forma de explotación y de injusticia*. Los debates en el seno del Consejo Ecuménico de las Iglesias han ayudado a las iglesias a realzar el desafío. El compromiso con la creación y la lucha por la justicia social avanzan juntos y no pueden separarse uno del otro. Dicho de otra forma: sin prestar atención a la destrucción del entorno en los países en vía de desarrollo, los esfuerzos por la justicia social son incompletos e ilusorios. Ante la nueva forma de explotación necesitamos una nueva forma de solidaridad. El mundo industrializado no puede escurrir el bulto ante las víctimas de lo que llamamos la civilización occidental.

UNA DOBLE CONCLUSIÓN

Las anteriores consideraciones nos llevan a una doble conclusión:

1. Para vivir en armonía con el conjunto de la creación necesitamos, ante todo, reconocer la limitación de los recursos. En la navegación se habla de la línea Plimsoll, que indica el límite de carga admisible. Hace falta que la línea Plimsoll del planeta no sea sobrepasada. Nos hace falta por lo tanto establecer y respetar los grados o escalas de explotación que nos permitan

distinguir entre utilización de los dones de Dios y sobreexplotación.

2. Estamos, al mismo tiempo confrontados al problema de la distribución de las riquezas del planeta. La escasez de recursos no debe conducir a nuevos distanciamientos o separaciones entre países favorecidos y desfavorecidos. Tenemos que conseguir con éxito la práctica de la justicia, al interior de los límites que nos son impuestos.

DOS EJEMPLOS DE “ESCALAS”

Esta doble conclusión podría ilustrarse con una multitud de ejemplos. Propongo aquí dos: la pesca y el cambio climático.

a) A lo largo de los últimos decenios la pesca en los mares del mundo entero se ha acentuado. Los medios técnicos han permitido proceder de una manera mucho más eficaz y sistemática. La pesca ha aumentado sensiblemente, pero muchos pescadores tradicionales han perdido su trabajo y sus ingresos. La pesca sobrepasa con mucho, hoy, la capacidad de regeneración de los mares. Es urgente e imperativa una convención internacional determinando las cuotas de pesca de cada país. ¿Cómo conseguir esto? Todos somos conscientes de las dificultades de aplicación de esta propuesta. Cada país defiende sus intereses y los países económicamente débiles tienen el riesgo de ser perdedores en esta batalla.

b) Desde hace muchos años los climatólogos nos alertan: las emisiones de gas con efecto invernadero conllevan un calentamiento de la atmósfera de varios grados. Sus consecuencias presentarán anomalías climáticas cada vez más frecuentes. Durante muchos años no hemos querido creer en este hecho, pero la evidencia nos lleva a constatarlo. Las anomalías se multiplican. Es necesario por lo tanto que limitemos con firmeza la emisión de CO₂ y de otros gases nocivos. La cúpula de la ONU adoptó en Río de Janeiro (1992) una convención internacional, orientada a servir de marco para una acción concertada de todas las naciones hacia este fin. Proyecta que los países industrializados, principales emisores de

contaminación, reduzcan gradualmente sus emisiones, y que los países en vías de desarrollo sigan esta misma línea cuando hayan alcanzado un cierto nivel de desarrollo económico. Todos sabemos que hoy día las negociaciones referentes a esta convención están en un callejón sin salida. Los Estados Unidos y Australia han decidido retirarse de la negociación.

La industrialización de Asia, con China a la cabeza, progresa rápidamente. Por eso las emisiones globales continúan aumentando. Pero la idea fundamental de la convención permanece válida. Es necesario que la comunidad internacional fije un techo de emisión y encuentre los medios para hacer que sea respetado. El Consejo Ecuménico de las Iglesias se ocupa de este problema desde hace quince años y cada vez que se presenta la ocasión trata de convencer a los gobiernos de su rol de tomar las medidas necesarias prescritas. Si queremos que los cambios climáticos no sobrepasen los límites tolerables, es preciso que actuemos ahora. Los países industrializados son los primeros que deben reaccionar. Es necesario que en un futuro próximo haya un acercamiento entre las emisiones de CO₂ de los diferentes países.

Actualmente varían entre 18 toneladas de CO₂ por persona y por año, en los EE.UU., 1 ó 2 toneladas por persona y año, en la India. Se ha calculado que las emisiones admisibles, a nivel mundial, se eleven a 1,8 toneladas. Dado el crecimiento de la población mundial el “derecho de emisión” tiende a disminuir. Hacer respetar los límites de la contaminación del aire pide, por lo tanto, un esfuerzo enorme. Solamente puede ser realizado con el apoyo de la voluntad común de todos los “actores” en todos los niveles de la sociedad.

EL TESTIMONIO DE LA IGLESIA

¿Cuál debe de ser la actitud de la Iglesia ante estos desafíos? El mensaje bíblico parece evidente. Nos habla de Dios Creador, de su amor por cada una de sus criaturas, del estatus particular de la persona humana, de su responsabilidad de cultivar la tierra y de asegurar la fertilidad. El espíritu de la Biblia está en contradicción con el espíritu moderno de conquista. Para los autores bíblicos, la naturaleza no es un

objeto que está a disposición del hombre. La creación que Dios llama buena, incluso muy buena, es una comunidad de mutuo apoyo.

El compromiso cristiano de salvaguarda de la creación se dice por sí solo. La creación es don de Dios. Nos invita a darle gracias. ¿Pero cómo podremos darle gracias sin tener cuidado de que su don sea preservado? El compromiso por la reorientación radical de nuestra civilización moderna forma parte de nuestro deber de gratitud.

¿QUÉ PODEMOS HACER?

1. Ante todo es necesario que las iglesias levanten su voz para recordar *las verdaderas dimensiones de los peligros* que nos amenazan. Ya lo hemos visto. Tenemos la tendencia de vivir con perspectivas a corto plazo y nos es difícil sentir las prioridades que determinan el porvenir. Según proverbio chino muy incisivo, “siempre es más tarde de lo que se piensa”. Jesús llora sobre Jerusalén y llama a su pueblo diciendo “Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz” (Lc 19, 41). Pero el escenario es siempre el mismo. Lo que interesa es el porvenir inmediato. Con el fin de vivir ahora sin preocupación, todos los medios son buenos para minimizar y eludir los peligros. Es evidente que las medidas necesarias molestan. La nueva orientación de la sociedad pide un precio. Así escuchamos con gusto las voces que invitan a la confianza y denuncian “el alarmismo de los ecologistas”. La comunidad de científicos no es unánime. Las búsquedas científicas de unos son contradichas por otros. Los medios de información nos entregan un conjunto confuso. Las iglesias, apoyadas en una seria información, tienen el deber de insistir sobre el hecho de que la orientación actual no puede durar. Por encima de la refriega de conflictos políticos necesitamos una instancia que recuerde, en la situación actual, lo que verdaderamente está en juego.
2. Los peligros se manifiestan en todos los niveles de la sociedad. *Para hacer frente a esto es necesario un tes-*

timonio concertado. La Iglesia está bien situada con relación a lo dicho. Está presente en el nivel universal así como en el nivel nacional o local. Puede actuar en diferentes niveles al mismo tiempo. La acción solicitada sobre el cambio climático es una buena muestra. Desde hace años el Consejo Ecuménico de las Iglesias participa como organización no gubernamental en las sesiones de la ONU sobre la reducción de emisiones de gas con efecto invernadero. Pero es evidente que todo avance depende de la voluntad de los gobiernos. El Consejo Ecuménico dirige su llamada a las Iglesias de diferentes países, en particular a los países industrializados, para que intervengan ante sus gobiernos. Pero los gobiernos, por su parte, no pueden adoptar las medidas necesarias, sin contar con el apoyo de la población. Dependen de la comprensión y de la apertura del público. Las Iglesias presente en el nivel local pueden contribuir en la formación de la conciencia social.

Hace algunos años el Consejo Ecuménico de las Iglesias hizo un esfuerzo especial para expresar la relación entre los diferentes niveles. Dirigió una petición internacional de Iglesias de todos los países industrializados. Sostenida por las grandes familias confesionales en el nivel internacional colocó en cada país grupos de acción que pedían a los miembros de las Iglesias que firmaran la misma declaración: “Pedimos a nuestros gobiernos adoptar las medidas necesarias para reducir las emisiones de gas con efecto invernadero y nos comprometemos a captar las consecuencias de las medidas necesarias para nuestra sociedad y para nuestra vida personal”. Las firmas fueron entregadas a los dirigentes de las negociaciones sobre el clima, con ocasión de una sesión en Bonn (1995). Fue un bello ejemplo de una acción cristiana concertada.

3. En todas las intervenciones y acciones, las Iglesias deben *sostener a las víctimas de la crisis ecológica*. Cada vez es más evidente que ya no podemos evitar las catástrofes ecológicas. Incluso si tomamos medidas para reducir la presencia de gas con efectos

invernadero en la atmósfera, las anomalías van a aumentar. Estaremos confrontados a inundaciones y tempestades inusuales. La desertización va a progresar. Algunas regiones del planeta se harán inhabitables. La inmigración va a aumentar y es probable que el número de refugiados ecológicos se multiplique. ¿Las sociedades relativamente favorecidas tendrán voluntad, fuerza y medios para hacer frente a esta situación? No hace mucho tiempo yo leí en un periódico de un país africano un artículo con el título: “Réquiem por un pueblo”. La tesis que se proponía era de una sencillez espantosa: *Hay que sacrificar algunos países*. Lo que expresaba este texto en alta voz mucha gente lo piensa en silencio. Pero las Iglesias, sin género de duda, se oponen a este espíritu. Para ser testigos de Cristo y de su Evangelio es necesario que los cristianos se encuentren del lado de quienes están ante el peligro de no sobrevivir. Ante esta situación el Consejo Ecuménico de las Iglesias reunió a los representantes de varias obras de colaboración y ayuda al desarrollo, para establecer nuevas estrategias cara al porvenir.

Hasta ahora los esfuerzos de estas obras estaban animados por la esperanza de poder facilitar el “desarrollo económico” de los países más pobres. Hoy hacen la experiencia de que el resultado de sus proyectos se ha esfumado ante el impacto de la crisis ecológica. Las prioridades cambian. Se necesita ofrecer cada vez más socorro a situaciones de angustia, y la ayuda económica debe ser utilizada con frecuencia para ayudar a la población a adaptarse a nuevas condiciones de vida: proyectos contra la desertización, construcción de casas más sólidas, muros de contención, etc. El desafío es enorme. Para hacer frente a estas necesidades, nuestras obras de ayuda tendrían necesidad de un apoyo mucho más fuerte que en el pasado.

4. En último término *el testimonio personal* es lo que cuenta. La contribución esencial de las Iglesias es sin duda el estilo de vida de sus miembros. Las convenciones, los programas y los proyectos son necesarios,

pero la orientación nueva nunca se realizará sin el aporte de cada miembro de la sociedad. El estilo de vida de los cristianos puede ser un anticipo de lo que puede llegar a ser el estilo de vida de toda la sociedad. Puede reflejar, desde ahora, las exigencias de una sociedad ecológicamente responsable. Se puede realizar mucho mejor con medios técnicos más avanzados y con menos derroche.

Conocerán, probablemente, el estudio de Ernest Ulrico von Weizsäcker "Factor Vier", muestra que nuestro consumo de recursos puede disminuir en una cuarta parte, utilizando medios técnicos apropiados. Podemos aislar mejor nuestras casas; podemos utilizar otras fuentes de energía que no sean materiales fósiles. En la medida de lo posible hay que aplicar todas las propuestas de eficacia asegurada. Pero nada nos dispensará de la necesidad de adoptar un estilo de vida más responsable. Nuestro tren de vida debe ser más sencillo. Cada uno de nuestros pasos debe ser evaluado a la luz de la huella que dejamos tras nosotros. El estilo de vida responsable es un movimiento de resistencia contra el *diktat* de un sistema que nos pide consumir lo más posible. Creemos juntos células de una vida alternativa. ¿Esto quiere decir que debemos renunciar a los beneficios de la civilización? La objeción es frecuente. Pero, ¿hay que hablar en verdad de sacrificios? ¿Debemos sacrificar-nos? Pienso, por el contrario, que este movimiento de resistencia nos ofrece una nueva calidad de vida. Nos libera de los apremios del consumo.

FUNDAMENTOS DE NUESTRO COMPROMISO

¿Están las Iglesias verdaderamente dispuestas a dar este testimonio? Como ya lo hemos visto, el mensaje bíblico nos invita a ello. El tema de la creación está en el centro. El compromiso en la protección de la creación debería ser esencial. Pero estamos lejos de ello. Ciertamente muchas Iglesias se han pronunciado a favor de un compromiso más claro. Un número creciente de comunidades se compromete en proyectos prácticos. Se puede hablar de un naciente movimiento

ecológico en las Iglesias. Pero al mismo tiempo continúan las dudas. La vida de las Iglesias está marcada por la misma contradicción que la sociedad en general. Las declaraciones a favor de la protección de la creación no son verdaderamente representativas del conjunto de sus miembros. Los creyentes no están en la vanguardia del movimiento ecológico ¿Cómo explicar estas reticencias? ¿Se trata sencillamente de una inercia humana?

Según mi punto de vista las razones son más profundas. *El origen de esta falta cristiana de sensibilidad es la pérdida de una relación viva con el conjunto del Antiguo Testamento.*

A lo largo de los últimos decenios, representantes del movimiento ecológico han acusado, con frecuencia, a la tradición judeocristiana de haber favorecido la explotación desmesurada del planeta. Dos argumentos prueban esto. En primer lugar se han referido al texto del Génesis, en particular al mandamiento divino: “Sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra” (Gn 1, 28). Los ecologistas deducen que la Biblia confiere al hombre un rol dominante ante la Creación. Además, la Biblia quita a la naturaleza el carácter divino al insistir sobre la unicidad de Dios, que se revela en Jesús. Ante este Dios, las divinidades ligadas a la naturaleza: el sol, la luna, el suelo y su fertilidad, los árboles etc., pierden su carácter divino. El mensaje bíblico habría reducido a la naturaleza a la condición de un objeto, sometido a la utilización y a la investigación del hombre.

Es evidente que esta interpretación del Antiguo Testamento es un error. Aisla el mandamiento del Génesis de su contexto. Ciertamente el hombre está llamado a instalarse sobre la tierra. Pero este mandamiento no le invita de ninguna forma a la explotación de la tierra sino a cultivarla. En su conjunto el Antiguo Testamento insiste sobre la gratitud al Creador. Varios salmos son también expresión de agradecimiento. El pueblo de Israel vivía en relación con la tierra. Estaba convencido de haber recibido Canaán de manos de Dios y se consideraba responsable de este don. La promesa de Dios dependía de la actitud de Israel. Había que escuchar y seguir su voz con gozo. Había que preocuparse de mantener la fertilidad. Una larga serie de leyes trataba de asegurar los

ciclos naturales. Pensemos en las leyes que conciernen a la siembra y la cosecha, en la obligación de presentar los primeros frutos a Dios. Pensemos en el mandamiento del Sabat, en la obligación de detener el cultivo de la tierra el séptimo día. Pensemos con mayor atención en los mandamientos referentes al año sabático y el Jubileo. Se tenía la conciencia de que era preciso conceder regularmente el reposo a la tierra. La *Torá*, ley judía, era una legislación muy atenta a los imperativos ecológicos.

¿Qué pasó después? El cambio se produjo, por una parte, con la dispersión de Israel. Por otra, por el nacimiento de la Iglesia cristiana. Ni Israel ni la Iglesia continuaron viviendo en relación con la tierra. La legislación veterotestamentaria pierde progresivamente su importancia. La Iglesia cristiana nace en un contexto judaico, pero tiene dificultad en mantener la continuidad de la enseñanza del Antiguo Testamento. Ciertamente guardaba la fe en el Dios creador. Se separó sin dudar de la enseñanza de Marción que consideraba al Dios del Antiguo Testamento, el demiurgo, el Dios creador, como una divinidad de segundo grado. Ella insistía en el hecho de que el Dios que se ha revelado en Jesucristo era el mismo que había creado el cielo y la tierra, elegido y conducido a Israel. La confesión de Cristo crucificado y resucitado fue rápidamente ampliada por el primer artículo concerniente al Creador. Pero al mismo tiempo, la teología cristiana se separa de la *Torá*. Para la conciencia cristiana los dos grandes mandamientos, amor a Dios, amor al prójimo, resumen lo esencial. Eran suficientes para seguir a Cristo: las leyes particulares concernientes a la vida cotidiana no tenían lugar en su espiritualidad. Las promesas de Dios, incluida la promesa de la tierra, habían sido cumplidas de forma inesperada con la venida de Cristo. La tierra concreta del Antiguo Testamento se transforma en símbolo de una realidad del más allá. Todas las leyes que asegurarían una relación viva con la naturaleza pasaron al olvido.

Aunque la Iglesia nació en el contexto judaico, ella se desarrolló en el cuadro del Imperio romano. Ahora bien, la civilización romana estaba construida sobre bases totalmente diferentes a las del judaísmo. El Imperio suponía poder y violencia. Los romanos no tenían mayor interés por la integridad de la naturaleza. Hay, sin embargo, testimonios impresio-

antes de algunos poetas y filósofos romanos. Virgilio canta la belleza de la naturaleza y Plinio se subleva contra la destrucción sin sentido de las riquezas naturales. Pero estos testimonios concretos son los que muestran la ausencia de una actitud general responsable ante la naturaleza.

El derecho romano, celebrado con frecuencia como la mayor contribución cultural de la civilización romana, no tiene en cuenta los recursos naturales. Las leyes romanas regulan solamente las relaciones entre personas.

La Iglesia está en oposición con muchas características del Imperio romano. Consiguió atenuar la brutalidad del Imperio. En el siglo IV se abolió una serie de leyes que herían la conciencia cristiana. Algunas características del cristianismo se fueron introduciendo en la legislación imperial; la más importante fue la acogida del domingo como día de la resurrección, día de culto y de reposo. Pero la Iglesia no tenía la posibilidad de introducir en la legislación el espíritu de la Torá, con la que ya había perdido su relación. Por el contrario, el derecho romano es el que se constituye como base de la civilización cristiana. ¡Ironía de la historia! Es un emperador romano y cristiano, Justiniano, el que realizó la gran obra de la codificación del derecho romano. El cristianismo occidental propone un sistema de legislación que solo tiene en cuenta al hombre y sus derechos. Esta herencia pesa sobre la Iglesia hasta hoy.

Para ilustrar el cambio me refiero a San Agustín. En su tratado monumental, "La Ciudad de Dios", declara explícitamente que el designio de la redención no apunta más que al hombre. Para él la idea de que el hombre forma una comunidad con todas las criaturas no es concebible. Como el hombre, y sólo el hombre, está dotado del don de la razón, está llamado a dominar el resto de la creación. El antropocentrismo o más bien el antropomorfismo tiene raíces profundas no en la Biblia, pero sí en la tradición cristiana, en particular en Occidente.

Para desarrollar el testimonio de las Iglesias a favor de la protección de la creación, es esencial revalorizar la enseñanza del Antiguo Testamento. Sería fútil querer reintroducir a la letra las leyes de la Biblia hebrea. Pero debería ser posible hacer que el espíritu del Antiguo Testamento penetre en

nuestras Iglesias. Restableciendo la relación con el espíritu de la Biblia, la civilización cristiana sería más “civilizada”.

El movimiento monástico es, tal vez, uno de los factores que podría conducir a las Iglesias hacia una nueva orientación. El monaquismo es un fenómeno histórico complejo. Algunos cristianos, por motivaciones muy diferentes, se sienten movidos a escoger una opción de vida más radical. En cualquiera de sus expresiones el monaquismo busca la sencillez de vida, un tipo de vida que se contenta con lo esencial. A lo largo de los siglos, este movimiento ha sabido realizar modelos de vida ecológica responsable. Pensemos en la autarquía de los monasterios benedictinos. A veces, el monaquismo llevó la accessis a extremos. Pienso que un cierto grado de sencillez de vida favorece el redescubrimiento de la creación como don de Dios y hace posible la verdadera acción de la gracia.

LUKAS VISCHER
*Ex-secretario General del
Consejo Ecuménico de las Iglesias*

SUMMARY

Dr Luke Vischer, of the Swiss Reformed-Calvinist Church, who was a previous General Secretary of the World Council of Churches (WCC), offers in his presentation a lot of information on the history of the evolution of the ecological cause within the World Council of Churches. Because of his own wealth of experience and the direct knowledge he has of how the issue has evolved, he shows how the Churches, little by little, have taken on board the defence and conservation of the environment from within their Christian faith. Today, all the Churches who are members of the WCC, and also the Catholic Church, are working for a change in the life-style and means of production of our civilization in order that we may move towards a sustainable and more responsible form of development. The foundations of this commitment must always arise from the Christian faith and the awareness of the world as God's creation.